

Calamaro vuelve convirtien

El cantante porteño comienza su mini gira por España con un concierto en Bilbao de 8.000 personas, entre ellos, seis argentinos

SE abren los sentidos. Arriba el telón. Abajo las ataduras. Aspirar, respirar, aspirar, respirar... Una bocanada de risas hace escupir un poco de encanto para seguir adelante. Más de una hora antes del comienzo del recital de Calamaro en San Sebastián, los seguidores se agolpaban en la entrada del velódromo de Anoeta acompañando con paraguas y sonrisas el regreso de Andrés al escenario. En la fila, enredada de bufandas y detenida por algún sorbo apurado de cerveza, se escuchaba la dulce "tonada" argentina: "Che, se me ponen los pelos de punta con sólo pensarlo". Sobraban las explicaciones. Todos los presentes compartían con ilusión la vuelta del argentino de su exilio a la luna, donde había dejado olvidada la cocaína y su caradura. Con algunos kilos más y la sonrisa más clara, enamorada. Sostenido por el apoyo del grupo Bersuit, sin el que nunca hubiera vuelto a los escenarios, como bien ha declarado en todas sus entrevistas. Y de la mano de Ariel Rot, junto al que hizo revivir viejas canciones de Los Rodríguez.

LA VISTA

Con ojos porteños "Escuchar a Calamaro en España ha sido como mirar por una pequeña ranura y verme en mi casa de Buenos Aires, junto a mis amigas, cantando como locas los temas de El Cantante, último disco que Andrés sacó a la venta el año pasado". Todo lo que más añora Agustina Astorga de su país, se materializa en su rostro en forma de sonrisa o se le resbala por las mejillas a modo de lágrimas, dos formas muy diferentes de transmitir una misma nostalgia. Mientras que Calamaro anuncia su regreso a los cuatro vientos, Agustina extraña más que nunca a su querido Buenos Aires; aún así, se siente feliz de estar al otro lado del charco por una temporada. "Creo que los argentinos nacemos con una especie de hormona de la melancolía...", comenta entre risas esta joven porteña de 22 años. Lo que más disfrutó del recital fue el ambiente: "Estaba lleno de argentinos, se les notaba en la cara la emoción con la que miraban al escenario y acompañaban entre palmas a Andrés", aunque

añade que en Argentina hubiera sido difícil verle con tanta tranquilidad. "En España la gente asiste a los espectáculos mucho más calmada... a lo mejor le habéis pegado un poco de esto a Calamaro". Conaspectomástímido y relajado, así describe Agustina al grande del rock argentino. "Me tropecé con Andrés hace más de tres meses en Buenos Aires, cuando fui al consulado español a por mi visa. En lo primero que me fijé fue en sus rulos, espectaculares. Luego me dio una pequeña taquicardia, hasta que recuperé el control y pude acercarme a él para que me firmara tres remeras para unas amigas españolas que le aman. Estuvo macanudo, nada que ver con lo que de él se rumoreaba tiempo atrás... Es cierto que se le notaba distinto, incluso más gordo". ¿Y el balance de El Regreso? "Sí, me encantó, estuvo rebueno, sobre todo volver a verlo tan lejos de casa... Pero me atrevería a decir que el público no estaba preparado para ver a un Andrés tan calmado, que reemplazara el cigarro a la cama por un desayuno, y el cubata en mano por el botellín de agua. Aún con todo, seguirá siendo el poeta maldito de siempre".

EL GUSTO

Digerir poquito a poco "Calamaro sin duda es como tomarte un mate bien amargo, nunca te deja indiferente, tiene su propia personalidad y la sabe transmitir". En estas palabras sintetizaban el concierto del pasado sábado Romina Saldaña, argentina de 25 años que acudió al recital junto a su marido, Federico Mecenaz, también argentino y de la misma edad. "El pibe sabe cómo sorprender, esta vez no me imaginé que fuera a atreverse a tocar con la Bersuit, toda una institución en la Argentina y la verdad es que lo supo defender", comenta Federico. Esta pareja aprovecha cualquier actividad con sabor porteño para acercarse un poco más a su tierra, "acudir a shows como éste nos ayuda a combatir la morriña". La pena es que

no vienen mucho por acá, y cuando lo hacen hay que aprovechar". Romina trabaja como camarera en un restaurante argentino de San Sebastián y su marido hace lo propio en un bar de la Parte Vieja, "primero fuimos a parar por tres años a Madrid, pero nos hablaron muy bien de esta ciudad y decidimos venir a probar suerte y ya llevamos dos años". Al hablar sobre la etapa de recuperación que ha sufrido el argentino, Romina, sin titubear, afirma: "yo lo encontré rebien, sinceramente, me imaginaba un Calamaro mucho más tocado, con la voz rota". "Creo que se ha tomado muy en serio esto de dejar la mala vida de lado, durante todo el recital sólo le vi bebiendo una botella de agua, y ni tan siquiera se encendió un cigarrillo". Cuando recuerdan el concierto, un brillo especial aparece en sus ojos "es como por un momento estar allí, Calamaro es todo un ejemplo para los argentinos. Su valor y fuerza de voluntad nos anima a seguir adelante". "Tocó temas, que nunca antes había tocado en directo, fue todo un espectáculo. Por momentos pensé que estaba en el Luna Park de mi Buenos Aires natal con toda mi gente", comenta Federico. "Es un genio, un artista intemporal que a sus 44 años aún tiene mucho que aportar a la música". "Sin duda, mi nena Valeria, crecerá escuchando a este gran artista. Y saboreándolo también", sentenció Romina.

EL OÍDO

Gritos con diferentes acentos El acento argentino no sólo se escucha desde el escenario. Calamaro reaviva la nostalgia de sus compatriotas que han tenido la suerte de asistir a su concierto en San Sebastián. Martín Fermanelli e Ismael Vieytes, de 20 y 23 años, son dos de ellos, que fueron a Bilbao en busca de sus raíces vascas: "Mi abuelo y mis *aitas* eran de Bilbao, pero huyeron a la Argentina cuando la Guerra Civil les robó su futuro en España.

Yo, hasta hace dos años que me vine acá, era *dantzari* y estaba en la Euskal Etxea de Castelar (en la provincia de Buenos Aires)", afirma Ismael orgulloso. Sin embargo, la melancolía aparece de vez en cuando y debe ser suavizada con pequeños regresos a su país natal: "Cada vez que aparece en los medios algo que tenga que ver

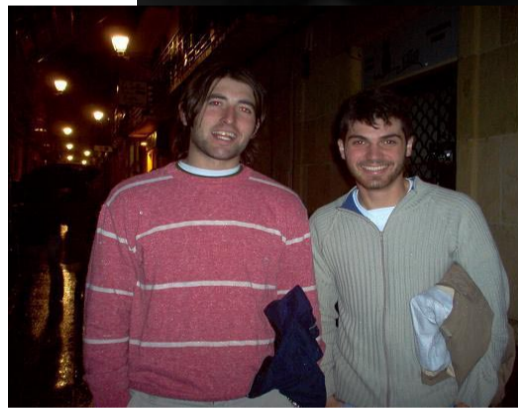
que acá. Esto es más tranquilo, la gente viene a escuchar música y pasarlo bien. Desde que llegamos no vimos ni una sola pelea. En los conciertos en Argentina siempre hay alguna", afirma Ismael. Ambos aseguran haber disfrutado con Calamaro, pero de manera diferente al resto de asistentes: "A ustedes les emociona más, es un símbolo, un mito musical. Para nosotros es alguien importante que



1.



3.



2.



6.

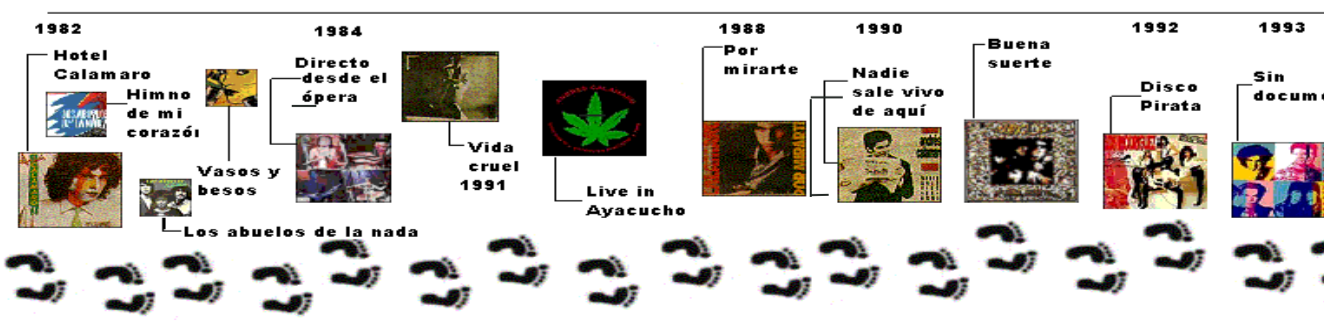
1. Romina Saldaña junto al restaurante donde trabaja Manuel Elorza en su bar; 4. Agustina Astorga; 5. Anab

con los argentinos, nos plantamos allá como sea. La semana pasada acudimos en Bilbao a un concierto del grupo argentino Bersuit, la banda que ahora toca con Calamaro. Eso sí estaba plagado de paisanos nuestros", asegura Martín. El sonido de una voz cercana, no sólo por sus canciones sino también por el de un acento dulce, suave, alimenta sus oídos, algo acostumbrados ya al vasco. Y es que, a pesar de la cercanía de culturas, la intensidad argentina lo cambia todo: "Ir a un recital en Argentina es muy diferente

ha tocado con los mejores, pero aunque ya desde el principio se vio que empezaba a brillar con luz propia, a mí personalmente me gustan más las canciones de *Los Rodríguez* que las de sus discos en solitario", comenta Ismael, sorprendido del entusiasmo con que los vascos acogieron a Calamaro. No tienen reparos en admitir que prefieren cantautores como Ismael Serrano o Joaquín Sabina, pero eso no les impide admitir el éxito del bonaerense. "Su

Paso a paso

La huella musical de Andrés Calamaro en el rock argentino no sólo está impresa en sus discos en solitario. También ha formado parte de algunos grupos de referencia a nivel internacional como "Los Abuelos de la Nada" y "Los Rodríguez".



ando la emoción en canción

un concierto en San Sebastián al que acudieron alrededor que narran su vivencia a través de los recuerdos

verdadero talento es de esos que trascienden las modas y los éxitos de verano, un talento que le lleva a decir verdades exageradas y a hacer vibrar a la gente con tan sólo una frase”, finaliza Martín, mientras recuerda la emoción con que vivió la canción de *Flaca*, una de sus favoritas y asegura que “desde chico siempre decía que quería ser guitarrista cuando fuera grande, para llegar a tocar como Ariel Rot. Fue impresionante cómo tocó en el concierto



Calamaro: “Nosotros odiamos a los porteños y por eso, también a Calamaro”, comenta Luis Manuel Elorza, dueño de la taberna Ambrosio, situada en la plaza de la Constitución de San Sebastián. Cuando sus padres se separaron hace siete años “por la diferencia de culturas”, decidió marcharse a la patria de su madre, pero ya antes había vivido mucho mundo. “Nací en París, porque mi padre estaba allá con una beca ya que era ingeniero electrónico y mi madre



yo soy batería de un grupo llamado Masacre, igual hasta grabamos un disco”, exclama. Su pasión por la música le llevó a estudiar imagen y sonido, lo que le permitió formar una pequeña productora llamada Mcline, con unos amplificadores y aparatos de luces que él mismo había comprado para producir pequeños espectáculos. “El problema es que la música es una mafia allá, y acá también. Para que un artista suene en Buenos Aires, tiene que sonar en Rock and Pop, un estadio que se lleva a casi todos los artistas y si no, Grimba los compra y los vende a pequeñas productoras, como hizo con Calamaro”, asegura sin titubear.

Del cantante porteño le molesta que hable de mariposas en tecnicolor y cosas que no se entienden, en lugar de situaciones cotidianas o del amor. Antes era un roquero fuerte, ¿por qué compone ahora canciones tan cursis?”, se pregunta este camarero que sí es fan del anterior grupo de Andrés: Los Abuelos de la Nada, y de otros grupos argentinos como Los Piojos o Virus.

En su ir y venir por la vida también ha sido técnico de escenario de un grupo de punk argentino llamado Los Violadores. “Ellos hablaban de la realidad social de Argentina, de los problemas que hay que solventar. Desde que trabajé con ellos ya no veo a Calamaro con buenos ojos, se vendió a lo comercial”, afirma rotundamente. Pero enseguida rectifica: “Aunque yo también lo hice en su momento, tuve que ser *back stage* del grupo Maná. Quizá por eso no seamos tan distintos Andy y yo...”.

EL OLFATO

Aromas de infancia

De su infancia recuerda con cariño el aroma a dulce de leche en la merienda, que contrasta radicalmente con el olor a cerveza derramada que los asistentes al concierto tienen atrapado en su ropa. Nació en el Puerto San Julián, provincia de Santa Cruz, al sur de Argentina. De padre riojano y madre bonaerense, Anabel Palacios pasó los 5 primeros de sus 23 años en Argentina.

Afirma orgullosa que en su familia hay mucha tradición musical. De hecho, el abuelo de su madre, Augusto Sanguinetti, fue el compositor de la balsámica melodía de “Corazón, corazón, oigo tu palpar...”.

Su madre, Mónica es una enamorada de la música tradicional argentina. De vez en cuando agarra la guitarra y se pone a cantar “Zamba de mi esperanza”, de Morales, curiosamente uno de los tangos que escogió Andrés Calamaro en su disco “El Cantante” para versionarlo. “A ella le gusta la música marchosa, es una *bailanchina*, pero mi mamá es de otra generación. A pesar de eso, escucha de vez en cuando a

“Me molesta que hable de mariposas en tecnicolor en lugar de cosas cotidianas o del amor”

Andrés cuando lo pongo en casa y lo disfruta casi tanto como yo”.

Para esta joven, Andrés Calamaro es el estandarte de la música moderna argentina en España. Ella suele viajar cada dos años allí para visitar a su familia y ha percibido que puede que Calamaro sea mucho más admirado en España que al otro lado del océano. “Mi tío, que trabaja en una radio de allá, me ha dicho que alguna vez lo ha visto y que huele mal, pero yo no quiero creerle” afirma Anabel con una sonrisa.

Anabel confiesa a la vez que se le ilumina la cara que “en el concierto de esta noche he disfrutado muchísimo porque he venido con mis amigos de Zaragoza. Hemos cantado hasta desgañitarnos y ha sido muy especial porque nos encanta a todos. Sólo faltaba uno de nosotros, mi novio, que está estudiando en Holanda. Él es el mayor admirador de Andrés Calamaro, y nos lo ha ido inculcando a lo largo de los años. ¿Sabes? En realidad se puede decir que nosotros empezamos a salir gracias a Calamaro. Siempre hemos sido muy amigos, pero un día me envió un mensaje que contenía un verso de la canción “Paloma”: “soy un envase vacío”, y claro, no es una cualquiera. Es el broche final a una declaración de amor sin igual. Él sabía perfectamente que escuchando esas cuatro palabras yo iba a estirar del ovillo y entender lo que me quería explicar. Así fue como se atrevió a decirme que me quería”.

Volver

por Blanca Enfedaque Losantos

“Somos músicos, pero no los que andas buscando” dice Dani, el líder de los “Despistaos” un nuevo grupo de pop que está arrasando. “Esta mañana hemos estado con Andrés y su manager. ¡Qué tímido! Nos hemos hecho unas fotos con él y estaba cohibido. Ha venido con su novia, Julieta, y quiere estar tranquilo”.

Andrés: el Lope de Vega del rock hispanoamericano, alma rioplatense, cara de Bob Dylan, admirador de todos los músicos excepto de él mismo. Víctima de su don, de esa locura del genio de la que hablaba Platón, de garganta arada por los años (porque un año suyo es como uno de los perros, vale por siete), de esa melena acaracolada que es una máscara, de la ansiedad, o como él dice, del *pannic attack*.

Andrés: niño prodigio de la música argentina, configurador del panorama musical español de los 90 con los Rodríguez. Oveja negra de su familia, contrapuesto a su hermano Javier, el artista solidario, el responsable, el que no se droga. Y ya se sabe, él queda como el músico egocéntrico, caprichoso, que se disuelve en su fama como si fuera ácido sulfúrico.

Andrés: un día se vio sin nadie alrededor, en una casa de las afueras de Buenos Aires con todas las persianas bajadas. Sólo y con el mono. Una pesadilla: vivir inmerso en uno de sus versos “la vida es una cárcel con las puertas abiertas”.

Por fin se decidió a hacer su *valija* y, como dicen las lenguas (no sé si malas, pero sí fiables), dar a parar con sus huesos en una granja de Ávila. Sin un piano, sin una guitarra. Con las manos vacías. Sin querer saber nada de nadie, para enfrentarse con su mayor enemigo: él mismo.

Y ahora vuelve al mundo de los vivos; más gordo, pero con esa cara canalla que vuelve locas a *las minas*. Aunque eso sí, con una mirada más sincera, sin esconderla detrás de gafas ahumadas o del velo del alcohol. También se dice que vuelve porque una musa le ha ayudado.

Nunca he oído hablar de un músico como él, que ni siquiera tiene tiempo para pasar al papel todo lo que tiene en la cabeza y que ha llegado a escribir diez canciones al día. Por si acaso tienen razón aquellos que auguran que se trata del canto de cisne de esta fuente inagotable de inspiración: gracias Andrés por tu música en directo.



1. Ismael Vieytes y Martín Fermanelli; 2. Luis Manuel Elorza en el Palacios; 3. Luis Manuel Elorza; 4. Andrés Calamaro en concierto

junto a Andrés, pero me pareció que estaba serio o enfadado, o demasiado alejado de la actual vida de Calamaro”.

EL TACTO

Palpar la realidad

Cauteloso, con gracia, retira la espuma de una cerveza mientras afirma que es un “ciudadano del mundo, aunque de madre donostiarra y padre argentino, de Córdoba”. Una mezcla de acentos e historias salen de su boca mientras asegura que no le gusta

había ido a visitar a su hermana. Mi madre dice que mi padre intentó ligar primero con su hermana, pero finalmente acabaron juntos. Pronto nos marchamos de París y viajamos por todo el mundo: Venezuela, Perú, Chile, España... aunque seguí muy ligado a la cultura argentina, sobre todo a través de su música”, asegura.

Sus manos se mueven con rapidez por los vasos y los pinchos de la barra, demostrando una agilidad impecable. La música, la lleva en la sangre y no puedes soltarla ni cuando barre: coge una escoba y hace de guitarrista. “En realidad,

